

ENFOQUES Y DESENFQUES DEL DESEMPLEO

JOHN HAYES y PETER NUTMAN

Understanding the Unemployed. Tre Psychological Effects of Unemployment

(Londres, Tavistock Publications, 1981, 163 pp.)

ADRIAN SINFIELD

What Unemployment Means

(Oxford, Martin Robertson, 1981, 167 pp.)

LUIS RACIONERO

Del paro al ocio

(Barcelona, Anagrama, 1983, 150 pp.)

Villamil decía: «Esto ya es demasiado, Señor Todopoderoso. ¿Qué he hecho yo para que me trates así? ¿Por qué no me colocan? ¿Por qué me abandonan hasta los amigos en quienes más confiaba?» Tan pronto se abatía el ánimo del cesante sin ventura, como se inflamaba, suponiéndose perseguido por ocultos enemigos que le habían jurado rencor eterno. «¿Quién será, pero quién será el danzante que me hace la guerra?»

(Miau. B. PÉREZ GALDÓS.)

De igual forma que los objetos físicos se reflejan en la cámara oscura de una máquina fotográfica si, y sólo si, entre la realidad y el plano de la película sensible se interpone un *objetivo* que canalice, ordene y dispon-

ga las reflexiones lumínicas desprendidas por tales objetos, los fenómenos sociales no pueden ser captados, aprehendidos y dotados de significación si no disponemos de un conjunto de conceptos, teorías, lógicas y filtros que seleccionen, otorguen coherencia y estructuren los múltiples estímulos que pueden ser materia de estudio para el investigador/descubridor de la «realidad» social. Una misma imagen o un mismo caótico conjunto de hechos coetáneos han de ser captados/medidos por una serie de reglas/instrumentos que el científico social debe utilizar sistemática y conscientemente. Ahora bien, paralelo al proceso de división social del trabajo, en el campo de la investigación de lo humano-social se han cristalizado una serie de paradigmas interdependientes, aunque cada cual con su autonomía

propia, de suerte que han adquirido un aislamiento e independencia que dificulta la comprensión global de los fenómenos sociales.

El propósito de esta nota de investigación es comentar tres libros que abordan el mismo tema, si bien cada uno de ellos desde una de las ramas de lo que denominamos ciencias sociales. John Hayes y Peter Nutman emplean la óptica psicológica; Adrian Sinfield, la sociológica, y Luis Racionero, la filosófica. El común denominador, pues, de estos tres autores es abordar el problema del paro, si bien desde una perspectiva no económica.

El desempleo puede definirse como aquella situación en la que una determinada cantidad de la fuerza productiva de una sociedad no es utilizada en el proceso de producción. Esta definición de índole macrosocial ha de ser complementada con el concepto de parado, es decir, el individuo que buscando trabajo no lo encuentra. En sentido estricto, el paro es un fenómeno de la sociedad capitalista, dado que para que tal exista es precondition lógica que el trabajo sea considerado una mercancía, ya que sólo bajo esta forma el sujeto es el propietario libre de su capacidad de trabajo y acude al mercado para ser contratado. En tanto y en cuanto —por una descompensación entre la oferta y la demanda— ésta sea superior a aquélla, la fuerza laboral —desempleada— que necesita de un capital —contratante— para la producción se ve abocada a un compás de espera en la participación en el proceso productivo.

Con anterioridad al advenimiento de la sociedad industrial, la adscripción al trabajo —fundamentalmente agrícola— se realizaba a través del doble vínculo del trabajador/siervo con la tierra y su señor feudal. Cualquier individuo adscrito a unos límites territoriales participaba en la actividad productiva, según las demandas que requiriesen las tareas agrícolas. La productividad era escasa y, por tanto, el trabajo necesario, sólo que a expensas de las condiciones meteorológicas, que determinaban el monto de la producción. Aquellos años de malas cosechas conllevaban, inevitablemente, la muerte por inanición de los miembros más desventajados de una comunidad. En cambio, en la sociedad industrial, en la que el peso de la agricultura en la economía es menor y, gracias al auge y expansión de los mercados, las crisis locales de la tierra no comportan apenas efectos, a la vez que la producción de bienes y servicios se hace cada vez más dependiente de la demanda de los consumidores, las crisis toman otra índole: son de superproducción, de la incapacidad de los compradores de absorber el ingente caudal de mercancías producido en el sistema económico.

En el presente siglo, los países capitalistas han experimentado dos grandes crisis: la de los años treinta y la más reciente, fechada a partir de 1975; por tanto, con una escasa perspectiva histórica que aún nos impide analizarla desde fuera. En ambas, uno de los efectos más obvios y destacables ha sido un notable incremento de la tasa de desempleo en el mercado de trabajo: así como en períodos

de normalidad-prosperidad económica el porcentaje de parados sobre la población activa no sobrepasa el 5 por 100, en los momentos de crisis tal cifra no desciende del 8 por 100, y en algunos casos, como en la actualidad de nuestro país, llega a alcanzar la cifra alarmante del 20 por 100 de desempleo.

Es obvio que los científicos sociales ubicados en un medio humano económico realicen esfuerzos por interpretar/solucionar tales problemas. En este caso, a quienes atañe centralmente el objeto es a los economistas. Dos son sus principales cometidos: por un lado, encontrar las causas de la existencia o —mejor dicho— del incremento de tal fenómeno; por otro, encontrar las soluciones técnicas que solventen la situación crítica. Pero, más allá de los economistas, otros científicos sociales también abordan el objeto en cuestión desde su propio campo de definición de problemas y sus específicas metodologías de descubrimiento de la realidad humana. Así —*grosso modo*—, el jurista intentará solventar el problema de la legalidad con que se produzcan los múltiples ceses de contrato, así como tratará de delimitar y definir los derechos que corresponden a los parados, no sólo por lo que atañe a su antigua empresa, sino también en su relación con la sociedad y con el Estado, quien —en su definición de «social» y de «derecho»— ha asumido históricamente un papel de protección de las capas sociales más desaventajadas. Por otro lado, los psicólogos, psiquiatras y otros profesionales de la salud se preocupan por los efectos in-

dividuales que conlleva un fenómeno de índole fundamentalmente socioeconómica. Depresiones, angustias, estrés, pérdida de identidad de los sujetos, conductas adaptativas, enajenación mental, crisis de relaciones sociales son algunos de los síntomas que tales profesionales ven aparecer no sólo en aquella población afectada, sino también en los que, aun estando trabajando y desempeñando un rol laboral, ven amenazada su situación en una coyuntura crítica. También es evidente que el problema preocupe a filósofos, moralistas y utopistas. Estos inciden en la significación del trabajo para el ser humano, a la vez que entrebuscan soluciones radicales, cambios de perspectiva y esbozan situaciones ideales para hacer frente al problema. También es obvio que al sociólogo compete el estudio de este fenómeno social. Por un lado, junto con el economista, se encarga de descubrir la afección del desempleo, preocupándole qué grupos sociales son especialmente los afectados por la crisis laboral; junto con el psicólogo, realiza el estudio de las actitudes de la población ante el trabajo y se interesa por el estado de la opinión de la población. Por otro lado, junto con el utopista, propone soluciones que bien pasan por la profunda transformación de las estructuras sociales, bien se limitan a paliar los dramáticos efectos que conlleva un tal evento hasta que sea encontrada su solución político-económica, cuya aplicación y adecuada puesta en marcha corresponde, sin duda, a los profesionales de la política. Henos aquí con una esquemática división del trabajo

en la que se ubica el científico social. No obstante, la realidad, sabemos, es compleja y tales distinciones son, en la mayor parte de las veces, poco operativas; es preciso, más allá de ello, lanzar un reto en favor de la interdisciplinariedad para afrontar con mayor realismo los graves problemas que conlleva el desempleo.

1. El libro de Hayes y Nutman intenta presentar una visión focalizada en el individuo parado. Su enfoque —como explicitaremos y desarrollaremos más adelante— no es novedoso. Bakke, Eisember y Lazarsfeld ya lo utilizaron en los años treinta; Marsden y otros, en los setenta. Está fundamentalmente centrado en los efectos del desempleo sobre los individuos. La aparición de este libro, en el año 1980, así como la de los otros dos a comentar, responde al azote que la crisis económica del 75 atizó a la tasa de desempleo de la mayor parte de las sociedades avanzadas de Occidente. En concreto, en Gran Bretaña —origen de esta obra— la tasa de desempleo superó la barrera psicológica del 5 por 100 en el año 1976. Como los mismos autores señalan, en 1979 se escribieron más de 200 artículos y tesis sobre los efectos psicológicos del desempleo. La sensibilidad ante ello de una sociedad orientada hacia el trabajo es enorme, y aquella que dispone de recursos ágiles para la investigación los emplea hábilmente y en su momento para una comprensión más racional de estos efectos a fin de facilitar su solución.

Understanding the Unemployed es una obra articulada en torno a tres ejes: temas, teorías y soluciones. En

el primero se trata de describir qué es lo que sucede empíricamente al sujeto que esté afectado por el paro. En el segundo se intenta describir un modelo general y universal para la explicación de los fenómenos anteriores, aunque para ello superponen un conjunto heterogéneo de teorías y llegan a la conclusión de que cada individuo es un mundo. Y, por último, se propone una serie de estrategias en tres órdenes —individual, organizativo y social— con el objeto de hacer algo en favor del parado. Para articular el conjunto se valen de una amplia documentación literaria que se extiende desde los autores clásicos de la Psicología Social a los últimos artículos publicados en las revistas especializadas. (Por cierto, uno de los aspectos más interesantes de tal libro es la bibliografía incluida al final. Esta puede ser de gran utilidad a la persona que quiera introducirse en esta problemática.) Pero, además, se valen del testimonio de unos cuarenta parados a los que los autores entrevistaron y de los que se incluyen breves estudios de cuatro casos.

Los dos primeros ejes citados —temas y teorías— están estrechamente relacionados por los autores, de forma tal que hay —diríamos— una relación casi biunívoca entre uno y otro. Para los autores, el núcleo fundamental de explicación de las consecuencias diferenciales de los sujetos es el transcurso del tiempo. Así, los dos primeros capítulos versan sobre la evolución del parado. El tema no es nuevo. Ya en 1938, Eisember y Lazarsfeld publicaron un artículo, con el título de «The Psychological Effects of Un-

employment», donde afirmaban que «todos los escritores que han descrito el curso del desempleo parecen estar de acuerdo con los siguientes puntos: primero hay un choque que está acompañado por una activa búsqueda de trabajo; durante el que el individuo se mantiene optimista e inconforme; posee aún una actitud intacta. Segundo, cuando todos los esfuerzos fracasan, el individuo se hace pesimista, ansioso y sufre una distensión activa; éste es el estadio más crucial de todos. Tercero, el individuo se hace fatalista y se adapta a su nuevo estado de perspectivas restringidas. A partir de entonces sostiene una actitud desesperada». Esta clasificación en tres fases ha perdurado en los estudios de los setenta en autores como Hopson y Adams (1976), Harrison (1976), Hill (1978) y Briar (1977). Todos ellos distinguen los tres momentos, aunque cada cual les ponga una etiqueta distinta para discriminarlos. Ahora bien, Hayes y Nutman ubican e interpretan tal sucesión a la luz de las teorías psicosociales. *En primer lugar*, siguiendo el modelo de la *transición psicosocial* de Parkes, por el que éste proclama la relación existente entre un cambio en el *espacio vital* del sujeto y su *mundo asumido*. Esto es, cuando se altera la situación en la que se encuentra un individuo —piénsese en este caso la mutación de tener trabajo a no ejercer actividad laboral— se produce un cambio parejo en la totalidad de las percepciones y evaluaciones que el sujeto posee del mundo. *En segundo lugar*, utilizan distintos modelos teóricos a fin de explicar los tránsitos ocurridos

en el ciclo transicional del parado. Así, recurren a la teoría del campo de fuerzas lewiniana para la interpretación de la respuesta inicial del que se queda sin trabajo, incidiendo principalmente en el principio de equilibrio según el cual «cualquier cambio en las fuerzas que actúan sobre un individuo será percibido como una amenaza a la que su autoconcepto tenderá a resistirse». En un segundo momento, los autores utilizan las teorías de la expectativa y de la disonancia cognoscitiva para justificar el tránsito de la persona hacia una actitud pesimista ante las posibilidades de encontrar trabajo. Y, posteriormente, utilizan los trabajos de Ellis dando cuenta de las irracionales creencias que adopta el desempleado ante su situación, y las conclusiones de Seligman sobre los desasistidos.

El punto de vista general utilizado no deja de ser psicologista: lo importante no son los factores externos que influyen sobre las personas, sino la variedad de formas en que los individuos reaccionan a dichos cambios. Así, una fuente de diferenciación en las actitudes y comportamientos de los parados es su imagen del trabajo: Hayes y Nutman realizan una clasificación según las funciones atribuibles al aspecto laboral —v. gr., fuente de ingresos, fuente de identidad, medio de estructurar el tiempo, etc.—, añadiendo que ello conlleva distintas consecuencias en el momento de la inactividad, mencionando expresamente una serie de situaciones específicas que dan lugar a reacciones distintas, tal como la de aquellos que buscan su primer trabajo, la de quienes no

tienen problemas financieros y la de los parados legitimados —es decir, quienes se encuentran en dicha situación por circunstancias ajenas y encuentran una razón de peso para no acudir de nuevo al mercado de trabajo.

Tema importante que se aborda en este libro es el de las consecuencias que acarrea la pérdida de trabajo en la salud. Hayes y Nutman parten del modelo de ambiente social y salud mental del Instituto para la Investigación Social de la Universidad de Michigan. En éste se concatenan secuencialmente una serie de aspectos relacionados con el sujeto hasta llegar a sus características de salud: ambiente objetivo, ambiente psicológico y respuesta (fisiológica, conductual y afectiva) del individuo. La relación entre estos momentos de la cadena está mediada por dos tipos de factores: de un lado, las características permanentes del sujeto y, del otro, sus relaciones sociales. Para aplicar tal modelo al objeto en estudio, se supone que un cambio en la situación laboral es un aspecto relevante del ambiente afectivo de una persona que va a desembocar en sus perturbaciones físicas y psíquicas. Por tanto, la relación entre el desempleo y la salud del sujeto no son directas, sino que están mediadas tanto por factores personales como relacionales. Quizá, en otro contexto, habría que considerar la pérdida de trabajo como un dato más, y no como el desencadenante de las afecciones del sujeto. Ahora bien, ¿cuáles son los síntomas que se manifiestan más frecuentemente entre los parados? Parece ser que consisten

en mayor predisponibilidad ante la enfermedad, que se concreta en manifestaciones psíquicas tales como estrés, angustia, insomnio... En todo caso, la situación de desempleo contribuye a un descenso en el bienestar de la persona.

Otro de los efectos del paro que se analizan es el de las consecuencias del desempleo en las relaciones sociales e identidad del sujeto, fundamentándolas en las proposiciones del interaccionismo simbólico. Son dos los postulados que giran en torno a este problema: en primer lugar, la afirmación general del interaccionismo sobre la autopercepción/autoimagen del sujeto, basada fundamentalmente en la percepción e imagen que los otros significantes tienen del propio sujeto, y segundo, la importancia que posee el trabajo en nuestra sociedad para la identificación/integración colectiva del sujeto. Si bien la naturaleza de estos postulados son de una generalidad que dificulta su operacionalidad, son especialmente útiles para la explicación *a priori* de los efectos disfuncionales que conlleva la pérdida forzosa de roles sociales, por lo que cabe el peligro de que el investigador imponga/interprete el sentido de la situación de objeto del investigado en lugar de que sea éste quien lo explicite.

Por último, Hayes y Nutman —basándose en la descripción de las disfuncionalidades del desempleo que se acaban de resumir— proponen una serie de medidas de ayuda al parado. Fundamentalmente, hacen hincapié en soluciones encaminadas al individuo: a) aumentar o mantener la autoesti-

ma del parado; *b*) mejorar el ajuste entre el individuo y su espacio vital, posibilitando la adquisición de nuevas identidades y objetivos; *c*) la adquisición de habilidades para la búsqueda de trabajo; *d*) el aprendizaje de tareas laborales, y *e*) el desarrollo de actitudes positivas hacia el trabajo. Tras esta formulación de objetivos pasan revista a distintas orientaciones seguidas en distintos programas terapéuticos llevados a cabo con parados, como el de desempeño de roles, el de condicionamiento social y el uso de *feed-back*. Subrayan los autores que tales medidas son apropiadas cuando el paro está localizado o es un fenómeno temporal. Por tanto, proponen también otra serie de medidas colectivas a fin de incrementar la demanda global de trabajo en la sociedad o posibilitar el ajuste del parado a su situación, no cambiando al individuo, sino su ambiente.

2. Con planteamientos diferentes, aunque en el mismo país y por las mismas fechas, aparece el segundo libro que comentamos. Su autor, Adrian Sinfield, selecciona los hallazgos de las investigaciones sobre el parado en los últimos años y lo inserta en una discusión más amplia sobre el tipo de sociedad ideal. Su toma de postura es bien clara desde el principio: aboga por el pleno empleo, criticando ferozmente al partido conservador británico por emprender una política económica monetarista que impele en la crisis actual a un desbordante aumento del paro. El tema lo plantea desde una doble perspectiva: una primera individual en la que se abordan interrogantes sobre la gra-

vedad de la situación de desempleo para los sujetos que lo padecen, los efectos de los subsidios en la motivación hacia el trabajo y el cuestionado empeño y ahínco con que los parados buscan empleo; otra segunda social en la que emergen las cuestiones de las implicaciones que tiene un incremento de las tasas de desempleo para la sociedad en su conjunto, los costes que ello lleva consigo, tanto a corto como a medio plazo, y la distribución social de tales costes.

El contenido del libro, pues, se articula en tres módulos temáticos. El primero de ellos comprende una descripción de la situación actual del parado; el segundo, la naturaleza colectiva de tal fenómeno, tanto por los servicios que la sociedad presta al afectado como por los efectos disfuncionales que reporta a la comunidad la carencia de empleos, y el tercero consiste en una propuesta de una política que se encamine a la consecución del pleno empleo en la sociedad.

Los tres primeros capítulos están dedicados al primer módulo temático. Los interrogantes principales a lo largo de los que Sinfield desarrolla su exposición son: quiénes y cuántos son los parados, qué implica estar sin trabajo y qué tipología puede establecerse de ese amplio colectivo que comprendía, en 1980, dos millones de activos británicos, es decir, el 10 por 100 de la población activa del Reino Unido. El estilo de exposición de este autor es descriptivo, a diferencia de Hayes y Nutman, para quienes —como ya hemos visto— el desarrollo de sus ideas es predominantemente de corte explicativo. Las fuentes de ve-

rificación del primero son menos precisas. Aunque cita a menudo cifras estadísticas, artículos de investigadores del tema y frases de los propios protagonistas del fenómeno, en conjunto, parece basarse fundamentalmente en una larga experiencia suya de trato y contacto profesional con el parado. No en vano ha sido colaborador con la O.C.D.E. y la O.N.U. en tales temas.

Los principales puntos sobre los que el autor hace hincapié en el tema del parado son: la infraestimación de su volumen por las estadísticas; la desigual distribución de su alcance, no sólo geográfica, sino también socialmente, siendo precisamente las capas sociales inferiores de la sociedad quienes más intensamente son afectadas por la situación de carencia de empleo; la experiencia que supone el estar sin trabajo, y los colectivos a los que puede afectar de diversa forma tal evento. Son fundamentalmente estos dos últimos temas a los que presta mayor atención.

Como bien señalan los autores que tratan esta problemática, la experiencia del desempleo es muy desigual, dependiendo de las circunstancias y la personalidad del sujeto en cuestión. Sinfield alude al tiempo que dure la situación y a los recursos de la persona/familia en paro como circunstancias que hacen variar sustancialmente la vivencia del problema. De igual forma, menciona la teoría del ciclo transicional, a la que Hayes y Nutman concedían tanta importancia, señalando que las hipótesis que de ella se derivan han sido mantenidas más bien con ilustraciones obtenidas

de afirmaciones realizadas por parados en entrevistas, antes que comprobadas y validadas con investigaciones rigurosas. Otro aspecto importante del problema es la imagen emanada por el desempleado en una sociedad orientada hacia el trabajo, es decir, el estigma y el sentimiento de culpa que pesa sobre quien recae el advenimiento de la inactividad. Pero, sobre todo, se insiste en tres importantes cuestiones: la primera es crucial en este tema por cuanto constituye, por definición, el rol social del parado. Hasta tal punto es así que en la operacionalización del contaje estadístico de tales sujetos se excluyen aquellos que, estando en condiciones de trabajar, no buscan empleo. Para Sinfield, se puede afirmar con generalidad que a la mayor parte de personas que deseen un nuevo trabajo la tarea les resulta más difícil de lo que en principio podían esperar; que la mayor dificultad para encontrarlo la tienen quienes carecen de cualificación, y que los familiares y amigos juegan un importante papel en tal búsqueda.

La segunda cuestión está relacionada con la pobreza organizativa del parado. Este es un sujeto que tiende al aislamiento. Además, no existe ningún grupo de presión que los apoye. La acción de los sindicatos en este sentido es reducida e incipiente. Se limitan al período en que el despido es una amenaza; pero una vez que el trabajador ha perdido su puesto, la relación entre ambos se difumina. No obstante, se señala cómo en los últimos congresos sindicales se ha potenciado la creación de centros de para-

dos con objeto de organizar la ayuda pública y difundir información.

Por último, se aborda la relación del desempleo con la pobreza. Es obvio, y está en la mente de todos los especialistas del tema, que las consecuencias económicas de las altas tasas de desempleo de la presente crisis no son tan agobiantes y acuciantes como las que tuvieron lugar en la década de los treinta, debido al desarrollo y concreción de la idea del Estado del bienestar. Sin embargo, ello no quita para que en determinados sectores afectados por la inactividad esté presente la pobreza, cuando no la miseria, en su sentido más literal, incluso en países con supuestos altos estándares de vida y con una legislación protectora de los desaventajados, como es el caso de Gran Bretaña. A pesar de la existencia de subsidios, el alcance de éstos es tan pequeño que la mayoría de familias que tienen que subsistir de éste padecen grandes dificultades. A ello hay que añadir que el desempleo afecta especialmente a quienes previamente ya obtenían menores ingresos; por lo que si éstos disminuyen por la inactividad, la situación deviene irresistiblemente insostenible, y, aún más, el retorno al trabajo no siempre supone el abandono de la miseria, por cuanto que la inestabilidad y los bajos sueldos son las características habituales de los nuevos contratos.

Sin embargo, el paro es un fenómeno heterogéneo que afecta de modo distinto a los sujetos que lo padecen. A tales efectos, es conveniente efectuar una tipología de las distintas manifestaciones que concurren en tal fe-

nómeno. Por ello, en el tercer capítulo del presente libro se profundiza en los efectos diferenciales del desempleo. Los tipos que se analizan son los siguientes: los despedidos colectivamente, los jóvenes sin trabajo, la mujer desempleada y los parados de larga duración. Obsérvese la base sociológico-colectiva de tal clasificación. No son características de personalidad, sino la pertenencia a determinados grupos lo que marca la peculiaridad. No obstante, conviene señalar que la mencionada tipología no responde a un criterio unidimensional de clasificación. Por un lado, los jóvenes, trabajadores de edad y mujeres sí que parecen centrarse en torno a un criterio común: el de la división social del trabajo más primitivo, es decir, el sexo y la edad; si bien el último grupo puede también compartir las características de uno de los dos primeros, que entre sí son mutuamente excluyentes. Por el otro lado, los dos tipos restantes responden no tanto a características sociales de los sujetos que lo componen, sino a atributos intrínsecamente relacionados con el fenómeno: «cómo se produce» y «cuánto dura la situación». Por tanto, más que una clasificación que haga referencia a distintos tipos de parados, nos encontramos con un análisis de cómo diferentes circunstancias pueden dar lugar a vivencias radicalmente distintas en los sujetos que participen de un idéntico hecho social.

El cuarto capítulo está dedicado a las prestaciones que los poderes públicos británicos conceden a los parados. Estas pueden encuadrarse en dos funciones complementarias. Por un la-

do, los servicios de empleo, que corresponden a la «*Manpower Services Comission*», que cumple un triple cometido: canalizar las ofertas y demanda de puestos de trabajo, prestar servicios de cualificación de la mano de obra y organizar programas especiales. Sinfield pasa revista a las distintas medidas adoptadas por esta comisión y realiza una doble crítica: los recortes efectuados por el gobierno en el presupuesto de tal comisión y la timidez de las medidas que promulga, dando a entender que no «interesa» resolver de raíz el problema general del desempleo. Por otro lado, se encuentran los servicios de la Seguridad Social a los parados; en especial, centrados en subsidios. Partiendo de la existencia de una gran polémica social sobre la conveniencia de éstos, dada su posible incidencia en la reducción de la motivación al trabajo, los argumentos de Sinfield trasladan el enfoque del problema: para él, los subsidios no comportan el peligro de la desmotivación, pues son tan bajos que no desaniman a la hora de aceptar un puesto adecuado ofrecido a quienes lo percibían. Sin embargo, tienen una consecuencia negativa a nivel global de la sociedad, por cuanto disminuyen el sentimiento de la necesidad de reducir el alto nivel de desempleo, ya que un gran número de parados (como sucede en Gran Bretaña) tienen asegurados unos ingresos —por pequeños que éstos sean— y el propósito y el objetivo de que haya disponible para ellos un empleo digno deviene menos urgente.

Sinfield sigue argumentando que el problema del paro no sólo afecta a

quienes lo padecen, sino que la sociedad en su conjunto sufre de sus trágicas consecuencias. Señala que, además de la pérdida económica que supone la inutilización parcial de sus recursos humanos, altas tasas de desempleo implican una disminución de la consecución de las metas y objetivos sociales. Por otro lado, el mundo del trabajo se ve afectado por semejante situación: no sólo se reducen las mejoras en las condiciones laborales, sino que también el trabajador se siente más atado a su puesto, reduciéndose la movilidad, y —en general—, por diversos motivos, la capacidad adquisitiva de sus ingresos se ve afectada hacia la baja. Pero eso no es todo. En los momentos de dificultades laborales, la concreción del ideal de igualdad de oportunidades se ve seriamente amenazada. En una coyuntura de escasos puestos de trabajo, los grupos socialmente más favorecidos se encuentran en ventaja para la adquisición de una plaza, por lo que las diferencias ya preexistentes se hacen más abismales aún.

Todo lo anterior justifica con creces, para Sinfield, la consecución del pleno empleo en una sociedad, entendiéndose con ello el llegar a una situación como la descrita por Beveridge, en la que haya siempre más trabajos vacantes que hombres desempleados. Se trata de convertir utópicamente nuestro funcionamiento económico, de suerte que no sean las personas quienes acudan al mercado de trabajo, sino más bien que sean buscadas. En definitiva, el autor de *What Unemployment Means* participa de una visión calvinista del trabajo: éste ante

todo. Su carencia es un claro indicio de que las cosas van muy mal. Su objetivo, de todas formas, no es que el hombre se encadene al trabajo, sino que haya suficiente cantidad para que la cadena de la persona no sea precisamente la carencia de actividad remunerada. No obstante, la propuesta de soluciones es mínima. Casi se limita a decir que la resolución «no se puede conseguir sin esfuerzo ni lucha». Ahora bien, para ello es necesario cimentar y concebir análisis en una línea diferente a las que se han planteado hasta el momento.

3. El tercer libro, escrito por Luis Racionero, es un compendio de doce breves e independientes ensayos cuyo común denominador es el planteamiento y elaboración de una utopía social. Ahora bien, el autor llega a ésta a partir de la reflexión en torno al trabajo, al ocio y al paro; a la inversa de lo que ocurre en las construcciones literarias de utopías en todos los tiempos —desde la antigüedad (Platón), pasando por el Renacimiento (Tomás Moro), hasta los tiempos actuales (Skinner u Orwell)—. En éstas, el planteamiento de una sociedad diferente implica la construcción de una determinada organización del trabajo. En la obra de Racionero, partiendo de la problemática actual de la desorganización laboral concretada en la escasez de empleos, se propone una transformación global y radical de la sociedad.

El núcleo argumental que preside y conforma el escrito que comentamos es una mordaz crítica al sistema de valores de las sociedades industriales —o postindustriales— actuales.

Surgidas y modeladas —siguiendo la tesis weberiana— por la ética calvinista del trabajo y la filosofía utilitarista y pragmática de los valores. A sus miembros y defensores se les tilda de «bárbaros» arremetedores y destructores de la «civilización» mediterránea, ejemplificada en el funcionamiento sociocultural de las antiguas ciudades situadas a orillas del Mare Nostrum: Atenas, Roma, Florencia. Se juzga que el sistema económico de las sociedades contemporáneas —incluyendo la «América narcisista» y la «Rusia estajanovista»— es bárbaro porque «valora por encima de todo y pone como finalidad de la vida el éxito medido en dinero», frente a culturas civilizadas, donde la «riqueza ha sido sólo un medio para llegar al fin, que es el ocio y la vida confortable para dedicarse a las aficiones personales».

Uno de los signos del funcionamiento del esquema actual de valores es la evaluación de la marcha de los países en función del Producto Nacional Bruto o cualquiera otro de sus sucedáneos, como la renta per cápita, que sirven para calcular la producción en un determinado territorio medida en unidades monetarias. Frente a esto, Racionero propone —aunque no es el primero— una serie de indicadores de calidad de vida que recoja las necesidades básicas humanas, para cuyo inventario recurre al modelo jerárquico de Maslow, según el cual existen niveles distintos de satisfacción personal que van desde la mera reducción de nuestras pulsiones biológicas hasta el mismo impulso de desarrollo personal, pasando por los requeri-

mientos de bienestar-seguridad, sentimiento de pertenencia grupal y necesidad de autoestima. Todo ello ha de traducirse en la confección de un índice de bienestar colectivo que no sólo tenga en cuenta la producción de bienes, como es el caso del PNB, sino que incluya, además, aspectos tales como la seguridad personal y los ambientes físico, psíquico y social de los sujetos que integran una determinada comunidad.

En consecuencia, con tal crítica de los valores económicos, Racionero argumenta que el problema de las altas tasas de desempleo de las sociedades industriales está desenfocado, por cuanto que se afirma que su solución pasa por un aumento de la productividad que genere puestos de trabajo. Sin embargo, la realidad parece abogar por todo lo contrario: el crecimiento ilimitado no se puede mantener; es preciso, por tanto, ofrecer otro tipo de soluciones que tengan en cuenta la naturaleza limitada de los recursos disponibles. La tesis que presenta este libro se articula, a mi entender, en tres aspectos: la persecución de un modelo ecológico de funcionamiento económico junto con unos objetivos de crecimiento estabilizado; un cambio de mentalidad que suponga la valoración del ocio frente al trabajo, y la consecución de una sociedad ociosa que permita el libre desarrollo de las capacidades de sus miembros.

El modelo ecológico de funcionamiento económico que se esboza posee, siguiendo los planteamientos que Shepard y Mekinley exponen sobre las características de los ecosistemas en evolución, los siguientes caracte-

res: complejidad, diversidad, simbiosis, estabilidad, alto número de especies y baja entropía. En definitiva, se trata de perseguir un doble objetivo: de un lado, la consecución de un estadio de la economía de crecimiento cero, lo que supone que el capital industrial y la población han de estabilizarse. Hay que ir, pues, contra esos fines políticamente incuestionados de aumentar sin freno la producción y el consumo y atacar los tradicionales valores de los «mercaderes y filósofos utilitaristas nórdicos». Pero, al unísono, se ha de promover un modelo de ordenación del territorio descentralizado que permita una homogeneización de las condiciones de vida humana, al tiempo que prevenga de las enormes disfuncionalidades que provocan actualmente las grandes aglomeraciones urbanas. Para tal descentralización se propone la teoría de «lugares centrales» de Chistaller, basada en dos conceptos fundamentales: el de *umbral* —o número mínimo de personas necesarias para que un servicio comunitario sea rentable— y el de *alcance* —o distancia mínima que las personas están dispuestas a recorrer con objeto de obtener tal servicio—. En suma, el desiderátum se aproxima al modelo de las antiguas ciudades mediterráneas, núcleos que aglutinaban a un número idóneo de personas para la producción y comunicación de bienes culturales.

El segundo aspecto de la solución propuesta por Racionero es el eje central de la obra que comentamos: se trata de conseguir un cambio de mentalidad que suponga la valoración del ocio frente al trabajo. La contradic-

ción fundamental que ha generado el nuevo Estado industrial es el nacimiento de una nueva «clase ociosa» deseosa de consumo, pero a la que no se le da oportunidad de trabajar, a fin de que pueda participar en la distribución de la producción. Si nos mantenemos en el esquema de valores de la sociedad capitalista, la solución estribaría en la creación de puestos de trabajo que facilite la participación en el consumo a todos los miembros. Pero, como se mencionó en el párrafo anterior, para Racionero, el crecimiento de la economía ha llegado a un tope. La solución pasa inexorablemente por una radical transformación en los mecanismos de distribución de la riqueza, o, dicho de otro modo más concreto, es necesario presentar un cambio filosófico que traiga ineludiblemente consigo la superación entre ingresos personales y trabajo. La valoración y superpotenciación del ocio viene dada por lo que los marxistas dirían el desarrollo de las fuerzas productivas. En los momentos actuales, la mecanización del proceso productivo permite la liberación de las tareas más arduas del trabajo. La solución, en consecuencia, estribaría en que descarguemos nuestras obligaciones laborales en las máquinas, pudiéndonos de esta forma dedicar a tareas más creativas. La analogía con el modelo ateniense no deja de ser evidente. En la democracia griega, el ocio era posible porque existían los esclavos, que se encargaban de la producción. Si en un futuro, no muy remoto, tales funciones pueden ejercerlas los robots, las personas podrán dedicarse y esforzarse en tareas comunitarias, de-

sarrollo autopersonal y relaciones sociales.

Ahora bien, aunque hasta aquí el razonamiento parezca simple, infantil, de ciencia-ficción y desconocedor de los poderes fácticos de los grupos y clases dominantes de la sociedad, creo que una lectura completa del libro debe apartarnos de tal apreciación. El sexto ensayo está dedicado a la «nueva clase ociosa», formada por beatniks, hippies y punks. De ellos se dice que han aprendido estilos de vida que pudieran dar paso a sociedades ociosas, y que sus ensayos pueden ser de importancia capital para la supervivencia de la sociedad. Sin embargo, son criticados porque su cambio de valores se ha adoptado sin plantearse un consecuente cambio del poder social. Según Racionero, la transformación social es un proceso dialéctico que ha de incluir los aspectos tecnológicos, políticos y culturales; si bien se centra en este último por considerarlo el de más difícil consecución y el que posibilita que los otros dos no se prostituyan. Pero habría que inquirirle hasta qué punto son posibles revoluciones culturales sin previos cambios tecnológicos y qué grado de consensualidad pueden conseguir, puesto que a la hora de diseñar utopías cada uno de los mortales engendraría un modelo diferente cuya materialización dependería de que el del otro no tuviese lugar.

El cambio cultural que se propone en este libro tiene su origen en Farson, y está basado en una constelación inalienable de derechos de los individuos: al Ocio, a la Belleza, a la Salud, a la Intimidad, a la Verdad, al Estu-

dio, a Viajar, a la Satisfacción Sexual, a la Unicidad. Para llegar a ellos se piensa que la educación es el medio estratégico fundamental, si bien hay que recalcar que no es el único ni la panacea de la resolución de los males presentes en nuestra sociedad.

En resumen, y focalizando el tratamiento que se da en este último libro comentado al problema del paro, diremos que éste es entendido como una consecuencia lógica del desarrollo tecnológico; que la razón primordial de su existencia radica en la sustitución de la fuerza humana por la fuerza motriz de las máquinas, ya que ésta reporta mayores beneficios, y que, en consecuencia, la sociedad debe tender hacia un cambio de valores que tenga como razón primordial la infravaloración del trabajo —fundamentalmente por la disociación entre éste y el ingreso pecuniario personal— y la exaltación del ocio «vivido con dignidad» —lo que supondría no una situación de libertinaje perezoso, decadente y desesperado, sino un nuevo tipo de actividad encaminada a «quehaceres personales o filantrópicos que mejoren al individuo y la sociedad».

* * *

Al inicio de este comentario se indicó que los tres libros que hemos incluido planteaban el mismo fenómeno desde distintas ramas de las ciencias sociales. Ahora podemos ahondar con mayor profundidad en sus discrepancias. A Hayes y Nutman les preocupa, ante todo, la reacción de los sujetos que se ven afectados por el paro. Concibe a éste como un mal

inevitable, y sus propuestas van encaminadas en un doble plano: primero, y ante todo, una ayuda individual al que lo sufre, y segundo, emprender una serie de acciones y reformas sociales que aminoren el problema. El pensamiento de Sinfield parte de las trágicas consecuencias que conlleva el desempleo, que atañe especialmente a los estratos sociales menos favorecidos, para llegar a señalar las consecuencias macrosociales que trae consigo el aumento de las tasas de desempleo en un momento dado de la economía de un país. Pero este segundo autor cree que el pleno empleo es posible; que, aparte de la crisis, la política seguida por el gobierno británico no ha hecho nada para evitar que se haya llegado a tal situación. Por el contrario, Racionero sustenta que el pleno empleo es un *desideratum* obsoleto que el desarrollo tecnológico ha vuelto imposible. Por tanto, lo que este último propone es un cambio de valores por el que la actividad de los hombres en la sociedad esté principalmente encaminada a sus aspectos ociosos y no a los laborales.

Independientemente del punto de vista de estos tres autores y de las argumentaciones que esgrimen, contrapuestas entre sí en un primer acercamiento, yo creo que se pueden compatibilizar, si bien encuadrándolas en momentos distintos. Resulta evidente que el planteamiento de Hayes y Nutman es fundamentalmente adecuado a corto plazo. Ante nosotros, en nuestro país, tenemos un insoslayable problema cual es una elevadísima tasa de desempleo, y ésta plantea una serie de problemas humanos urgentes

que se han de atender con prontitud. La pregunta que nos formularíamos es la de si en nuestro país disponemos en la actualidad de los recursos necesarios y hasta qué punto se emplean con habilidad los existentes. Pero hay que ir más allá. Con la mera asistencia no solventaríamos el problema de fondo. Después de realizar una primera cura de urgencia hay que poner todos los medios para que cicatrice cualquier herida y, a tales efectos, la propuesta de Sinfield está particularmente enfocada a medio plazo. Se trata de disponer de las medidas políticas y económicas que permi-

tan garantizar un puesto de trabajo para todos aquellos que lo deseen. Pero, más allá de todo ello, es preciso imaginar soluciones utópicas como las que nos propone Racionero. Aunque sepamos que no van a llegar de la noche a la mañana, las debemos tener en cuenta como referente de nuestra conducta y para el planteamiento de políticas a largo plazo que impliquen una transformación radical de las bases desigualitarias e inhumanas que hoy en día padecemos.

Modesto ESCOBAR MERCADO

¿DELEND A EST DEMOCRATIA?

CLAUDE JULIEN

Le Suicide des Démocraties

(París, Ed. Grasset, 1972)

J. F. REVEL

Comment les Démocraties Finissent

(París, Ed. Grasset, 1983)

Este par de tetricos títulos, que responden a una larga preocupación del periodismo galo por el rumbo de los acontecimientos internacionales y de la evolución moral de nuestras sociedades, no son en absoluto simultáneos en el tiempo: más de diez años separan su respectiva publicación. Sin embargo, a ambos les une la coincidencia de una óptica pesimista acerca de la posible, y presumiblemente previsible, evolución de las democracias; actitud que refleja la profunda inquie-

tud que recorre las élites de estos países.

El primero de ellos fue redactado en momentos tan diferentes que podría afirmarse que un abismo psicológico nos separa de los mismos: la primera crisis petrolífera aún no había comenzado, la expansión proseguía su ruta; hoy, al contrario, las sociedades europeas se encuentran en uno de los puntos más bajos desde que aquélla se iniciara. Pero, curiosamente, Julien se muestra más pesimista que Revel

acerca de la posibilidad de superar estos fuertes trastornos; tal vez porque el segundo cree, o desea creer, en la sociedad occidental, en tanto que para Julien su viabilidad es menos que improbable (por hablar con algún eufemismo), según se desprende de las premisas que utiliza en su crítica, o quizá porque los criterios empleados para el juicio revierten directamente en un punto nulo de la crítica política. No obstante todo lo cual, la preocupación de ambos autores es paralela y sus apreciaciones se complementan.

Obras ambiciosas por el alcance y el tono historicista que pretenden, y logran, imprimir al discurso, nos ofrecen un aspecto pasablemente atroz de la salud reciente de nuestras sociedades civiles e instituciones políticas. Por un lado, la fuerte dinámica de crecimiento nucleada alrededor del tipo societario, supuestamente modélico, de los EE. UU. de Norteamérica nos habría, según Julien, llevado de manera irremisible al agotamiento en plazo breve de los recursos no reponibles del planeta —recientes estaban los informes del Club de Roma, MIT, etcétera—. Ello en aras de una irrefrenada expansión en virtual descontrol, con efectos laterales desastrosos sobre el entorno natural y la satisfacción de necesidades inmateriales —cénit de la reflexión post-mayo acerca de la alienación en el trabajo, sentido de la vida y demás cuestiones irresueltas teóricamente—. Por otro, unos regímenes en proceso aparente de deterioro constante, algo obsoletos ante la eficacia de sus rivales y acosados por la mitificada astucia y fuerza

implacables del Gran Hermano del Este¹.

Obviamente, Julien usa una focal muy corta, en la medida que trata de analizar los cuadros internos del equilibrio, o desequilibrio, y las presuntas tendencias de cohesión futura, sin preocuparse para nada de los envites y amenazas planteables por el sistema antagónico; en tanto que Revel pone a funcionar una especie de gran angular abarcando toda la Tierra. Tal diferencia desemboca en una difuminación de la perspectiva y en imágenes algo borrosas, que a veces consideramos consecuencia del prejuicio, ya que no del capricho.

El caso es que la confrontación entre modelos económico-sociales de diferente textura —no digamos nada en cuanto a su estructuración política— es un dato permanente en la historia reciente de Europa. Sólo los ecumenistas, auténticos o interesados, utópicos o políticos, han podido sostener la prevalencia de valores y principios comunes a las dos esferas.

Otra cosa es que la voluntad de defenderse —la autóctona de las democracias políticas (únicas democracias, aparte alguna *rara avis* tercermundista)— haya empezado a flaquear. Y aquí es donde sí intuye algo Claude Julien al hablar de «crisis de civilización». Suponiendo que haya otra que tienda a reemplazarla (lo cual es suponible, aunque roce la futurología), la cuestión puede ser percibida en términos muy vitales, conduciendo al dramatismo.

¹ Véase la recientísima aportación de H. CARRERE D'ENCAUSSE, *Le Grand Frere*, París, Flammarion, 1983.

La voluntad de defensa presenta siempre algunos altibajos, pero manifiesta una tendencia media —dificilmente medible, porque se palpa, pero no se toca— que es a la que hay que atender. Y ésta, forzoso es constatarlo, ha dado un bajón sustancial en los últimos lustros, al menos por lo que respecta a Europa. A pesar de la elección de gobiernos conservadores en la mayoría de los países del área central y nórdica. A pesar de la instalación de artefactos nucleares adecuados al «teatro». A pesar de la solidaridad fáctica que la casi totalidad de los gobiernos han manifestado con la actual Administración norteamericana. Pues la batalla es fundamentalmente política: se desarrolla dentro y a través de esa entidad melíflua, manipulada y movediza que es la opinión pública.

Los hechos así parecen atestiguarlo. Aquellos que reflejan una significación de futuro, y en la medida que no sean fuegos fatuos el hablar con tales pretensiones. Revel nos alecciona acerca del sinsentido de que en el día de la visita de Breznev a la RFA se lleve a cabo una gran movilización... contra los USA. Y, si se quiere, hágase el esfuerzo suplementario de comparar los respectivos recibimientos dados a Kennedy y a Reagan en Berlín, la ciudad que mira al Este; o el aletargamiento ante el rearme soviético y el progresivo «despertar» ante el propio occidental; y las dudas y vacilaciones respecto a la misma alianza atlántica. Observando este tipo de sucesos, no resulta exagerado el tener la impresión de que algún corrosivo ha penetrado hasta la malla

más fina del «ser» europeo, el que algunos se ven empujados, por factores superiores a sus fuerzas, a mantenerse donde estuvieron y siguen estando, aferrándose a un esquema político-militar que existió y dio sus frutos, pero que no puede eternizarse, aunque sólo sea por ley de vida.

Este descenso de la propia valentía —¿acaso no es sintomático que los problemas de conciencia de identidad, en la forma y con el alcance relativos que tengan (bastante cortos, es cierto), se planteen y dirijan hacia el interior de las Naciones-Estado y no hacia el exterior, con tendencias disgregadoras, en vez de superadoras?— queda perfectamente escenificado en el *slogan*, tan manido y tan certero, que ha sido excusa y banderín de enganche de las movilizaciones del otoño último, *better red than dead*, y que no es sino la inversión exacta de aquel otro, también famoso, de tiempos más optimistas. Cambio que justifica buenas dosis de asombro².

Anticipo de la derrota, la pasividad y el abatimiento concitan la agudización de la presión y la amenaza, pues la conflictividad sigue perpetrándose conforme a fórmulas y en terrenos políticos, no militares: el recurso a la guerra nuclear no deja de ser un asidero nihilista, desesperado, un juego de suma cero que sólo un ataque contundente haría inevitable.

Lo cual, efectivamente, fuerza la paradoja: un conjunto plural de países, con mayores y mejores *standards* en todas las áreas comparables, ex-

² A. GLUCKSMANN practica su disección en *La Force du Vertige*, París, Grasset, 1983.

cepto en la militar, puede perder la partida. Afirmación que la Historia sustenta de modo rotundo y algo excesivo: las sociedades bárbaras que derribaron y sustituyeron las viejas civilizaciones, lo hicieron casi siempre desde posiciones de inferioridad desde el punto de vista cultural y técnico. Las dificultades del vencedor amanece con los sonos de la marcha triunfal.

¿Es éste el camino seguido por «Euramérica» en la competencia por la dominación mundial? Probablemente. Con seguridad, nos dice J. F. Revel. En lo estratégico, Occidente habría estado, y estaría aún, situado a la defensiva. Por hacer concesiones previas en las tandas negociadoras para poner de relieve su buena voluntad ante las propias opiniones públicas; por ajustar el curso de su acción a convenciones y normas restrictivas que la otra parte no respeta sino en la medida en que no tiene otra opción; por no existir una visión global que emplace cada elemento según una estrategia de conjunto; porque hasta hace bien poco existía una radical carencia de *linkage* entre medidas políticas y económicas o de cualquier otra clase. Porque, en definitiva, y reduciéndolo al corsé político-militar, presenta un «frente interno» o brecha que únicamente se ha cerrado en casos de extrema gravedad.

Revel viene repitiendo incansablemente, *grosso modo*, tal argumento; lo detalla una y otra vez con los flecos más diversos de la economía política, la historia diplomática y la biografía política. Señalando sin cesar los mojones en los que esa abdicación ha-

bría culminado: las dos crisis de Berlín, Checoslovaquia, Afganistán, Varsovia —como mayores hitos—; con lo que la postura simplemente reactiva y tibia habría permanecido igual a lo largo de cuatro décadas (¿desde la «debilidad mental», quizá?).

Tal apreciación se acerca mucho a la generalización abusiva: aun siendo superior, Occidente —ese puñado de países que le pertenecen— no podía plantearse sus relaciones con el Este —ese florón de Estados que a veces no le corresponden— a partir de la misma lógica político-militar expansiva que practicaban aquéllos, pues, entre otras cosas, habría tenido que comenzar desactivando la tendencia general hacia la descolonización y su propia política en tal dirección. En segundo lugar, el que la mayor parte de las «crisis» en las relaciones Este-Oeste cogieran de improviso a la dirección occidental no quiere decir que todas fueran provocadas calculadoramente por la URSS para modificar en lo posible una relación de fuerzas adversa (por ejemplo, la segunda crisis de Berlín o la insurrección húngara son, en su origen, fenómenos espontáneos).

Por otra parte, la entidad de cada acontecimiento es, sin lugar a dudas, bien diferente: el golpe de Varsovia tiene poco que ver con la invasión de Checoslovaquia, aunque los dos estuvieran encaminados a mantener el *statu quo* en el orden imperial.

A la presente crítica habría que añadir una carencia mayor: en los muy últimos años han existido indicios que apuntan con claridad a la presencia, en el campo occidental, de

un inicio de acoplamiento de las distintas políticas —comercial, militar, tecnológica— conforme a políticas de programas precisas y dependientes de un objetivo cardinal, la recuperación de la supremacía y de la iniciativa política estratégica. Un filtro demasiado oscuro trastoca innecesariamente la gama de colores, defecto achacable al énfasis excesivo puesto sobre los datos propagandísticos, en perjuicio del de las políticas gubernamentales.

En tal sentido, el pesimismo gratuito hace el juego a la proposición central de la propaganda soviética (lo que revela el carácter de esta batalla): el socialismo —entendido tal como yo lo práctico, pues es el único auténtico— es inevitable. El caso de China Popular rebate en su mismo fundamento tal creencia, basada en el esquema persuasivo último dirigido a Occidente.

Todo lo cual no resta ni un ápice de su verdad y actualidad al argumento superior de Revel, el que una parte cualificada de las sociedades occidentales y de sus *intelligentsias* son proclives a dejarse cloroformizar por los «cantos de sirena» de la doble oferta soviética: promesa de zanahoria y amago de garrote, sin percibir que la prolongación en Occidente de ciertos temas y posturas políticas quedan articulados de modo objetivo al debilitamiento de la voluntad de independencia nacional e internacional, finalidad que sobredetermina cualquier otra; de donde el apoyo a De Gaulle, la marginación de Tito, etc. A fin de cuentas, es un patético error el juzgarlo en términos ideológicos.

Del temor y la alerta ante el suicidio inducido se puede pasar a un hipotético suicidio voluntario que Julien destacaba como realidad operante. Esta tesis, que proviene de constatar la imposibilidad de realizar los ideales tantas veces proclamados, resulta derrotista precisamente por el ángulo elegido para su examen: si se atribuye a la igualdad, la justicia, la libertad y la fraternidad un valor absoluto y abstracto, no podremos menos que desencantarnos cotidianamente. En todo caso, cuando Julien admite excepciones, se trata siempre de criterios un tanto exigentes, ligados a las formas de opinar de los niveles sociales elevados. Es natural, por tanto —y, a mayor abundamiento, si no hay más comparación que la de signo negativo, con países tercermundistas—, el juzgar condenadas al agotamiento las fórmulas intensivas de desarrollismo. Lo que ya resulta sin basamento alguno es el trasladar, por tal razón, la perspectiva de crisis al espíritu de la cultura y al sistema político. Piénsese, por ejemplo, que Julien plantea de necesidad la vuelta al mandato imperativo en las relaciones de representatividad, o que califica medidas políticas de lucha antiterrorista como propias de «universo concentracionario», lo que raya con el dislante. Cuando la crítica tiene como telón de fondo un horizonte inalcanzable, la condena o la rebeldía pierden toda virtualidad revulsiva y se transforman en imposible remedo de un orden mejor y en reales alumbradores de otro peor.

Luis ARRILLAGA ALDAMA

J. R. TORREGROSA y BERNABÉ SARABIA
Perspectivas y contexto de la Psicología Social
 (Barcelona, Ed. Hispano Europea, 1983)

Bajo dicho título se recogen las ponencias presentadas por diez especialistas en Psicología Social en el seminario sobre «Orientaciones y Tendencias de la Psicología Social contemporánea», dirigido por los también ponentes J. R. Torregrosa y Bernabé Sarabia, responsables, a su vez, de la presente recopilación, así como de sus notas introductorias, que tuvo lugar en Santander durante el verano de 1981, en el marco de las actividades organizadas por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

La virtualidad básica de este tipo de publicaciones reside en la oportunidad que ofrecen al lector de aproximarse a una unidad temática desarrollada desde una variedad de perspectivas por especialistas a los que, en este caso, les diferencia su pertenencia a comunidades científicas de distinta tradición intelectual (europea, norteamericana), su procedencia académica (psicología, sociología) y su orientación teórica.

Estas diferencias resultan muy significativas en la obra comentada debido a la estrecha relación que mantienen con lo que constituye su preocupación intelectual fundamental: el replanteamiento epistemológico (teórico, metodológico y temático) de la Psicología Social como disciplina cien-

tífica en el marco de las Ciencias Sociales, realizado a través de una relectura crítica de su historia académica y de su práctica científica, a la vez que se exponen y justifican algunas de sus líneas de investigación actual más relevantes.

En este sentido, cabe destacar en primer lugar la ponencia del profesor Sheldon Stryker (Universidad de Indiana), ya que, además de responder a todos los objetivos citados mediante una brillante exposición sintética, contiene, a mi juicio, una de las aportaciones teóricas más interesantes para el futuro desarrollo de la Psicología Social: lo que él denomina «el interaccionismo simbólico socioestructural».

Así, en el capítulo «Tendencias teóricas de la Psicología Social: hacia una Psicología Social interdisciplinar», Stryker pasa revista a los factores que más negativamente han condicionado no sólo la existencia paralela de dos psicologías sociales, la de orientación psicológica y sociológica, respectivamente, sino, lo que es más grave, la «colonización» epistemológica de la primera sobre la segunda: «Mientras que los psicólogos sociales de procedencia sociológica sigan trabajando en la estela de las teorías de los reflejos condicionados o la disonancia/equili-

brio cognoscitivos o reduzcan las estructuras sociales a simples productos intelectuales, jamás podrán explotar la idea de que la persona y la sociedad se influyen mutuamente, incluso presuponen la existencia la una de la otra.»

De este modo, apoyándose en las críticas más fecundas realizadas al paradigma científico positivista por las corrientes teóricas derivadas de la fenomenología radical (etnometodología, etología) y, en concreto, a la concepción del ser humano que subyace en el modelo de investigación experimental, Stryker, de acuerdo con la concepción del ser humano como *activo y reactivo* postulada por el interaccionismo simbólico (y la consideración consiguiente de que la estructura social es creada y recreada por la interacción), defiende la necesidad de ahondar en una Psicología Social interdisciplinar (psicología, sociología, biología, lingüística, antropología) que recupere la *dimensión socioestructural* en que acontece el comportamiento humano como marco de referencia ineludible para su comprensión, explicación y, si así fuese, predicción.

De ahí que, para Stryker, el interaccionismo simbólico socioestructural no sólo amplía el potencial explicativo de una de las corrientes teóricas de mayor raigambre entre los psicólogos sociales al superar las limitaciones idealistas de sus teóricos fundadores, en la medida en que concibe a la sociedad como «una organización compleja en la que existen estructuras de clase y de poder (o estructuras basadas en la edad, el sexo...) que predominan sobre las interaccio-

nes concretas y que afectan a la probabilidad de que ocurran determinadas interacciones y no otras, así como a las probabilidades de que deriven determinados resultados de estas interacciones y no otros», sino que, además, constituye el marco teórico propio de la Psicología Social capaz de sacarla del *impasse* de las pasadas décadas y devolverle un estatuto científico más firme, haciéndola «sensible al mismo tiempo al impacto normativo de la organización social sobre el yo, la interacción y el comportamiento 'constructivo', y a la fluidez de la organización social como resultado de la personalidad de los individuos y del carácter improvisado de gran parte de la interacción social».

Probablemente, otra de las ponencias que presenta un mayor interés teórico para la Psicología Social actual, debido a la importancia estratégica del tema que aborda, sea la del profesor J. R. Torregrosa (Universidad de Madrid): «Sobre la identidad personal como identidad social». Torregrosa coincide con Stryker en remarcar, mediante la justificación de sus premisas fundamentales, la fecundidad intelectual que el interaccionismo simbólico ofrece a la Psicología Social como marco teórico orientativo. Si bien los presupuestos del interaccionismo simbólico socioestructural expuestos por Stryker se hallan implícitos en el presente artículo (en concreto, en el clarificador apartado dedicado a «Roles e identidad»), éste se centra en el análisis de uno de los conceptos más claves en Psicología Social, como es el de la «identidad personal», cuyo potencial explicativo es

deudor en su «mejor» parte del propio interaccionismo simbólico.

Torregrosa recurre a tres fuentes teóricas (filosofía de la acción, psicoanálisis —Erikson— e interaccionismo simbólico) para fundamentar su tesis central de que *la identidad personal es básicamente alteridad*: «La estructura, génesis, desarrollo, mantenimiento, transformaciones y disolución de la identidad personal son constitutivamente sociales, esto es, se producen o construyen a través de procesos sociales de interacción, sin referencia a los cuales la identidad personal tiende a sustantivarse en exceso en la conciencia individual y/o, lo que es teóricamente más inadecuado, en su soporte biológico.»

En el capítulo «Un modelo interdisciplinar de la Psicología Social», el profesor Jiménez Burillo (Universidad de Madrid), partiendo de la constatación de que el comportamiento humano tiene un múltiple condicionamiento: psicológico, biológico y sociocultural, apunta la necesidad de que la Psicología Social desarrolle una perspectiva interdisciplinar en base a la Psicología, Sociología, Etología y Antropología Cultural. A su vez, intenta mostrar la fecundidad de dicha perspectiva interdisciplinar en relación a las investigaciones realizadas sobre el hacinamiento.

Por su parte, el profesor Enrique Martín López (Universidad de Madrid), en el capítulo «La hipertrofia de la Sociología como razón de ser de la Psicología Social», defiende la tesis de que, debido a las específicas circunstancias históricas en que nació la Sociología como ciencia (predomi-

nio del paradigma naturalista de la ciencia; emergencia de la problemática de la organización del trabajo productivo como consecuencia de la creciente industrialización), se hipertrofió la atención dedicada a los aspectos externo-materiales-estructurales del comportamiento social del ser humano en detrimento de su dimensión psíquica-espiritual-personal, y de ahí que la Psicología Social naciera «en un intento de llenar las lagunas temáticas y los excesos explicativos de aquella». Así, el nacimiento de la Psicología Social hubiese sido innecesario si, según este autor, se hubiese prestado suficiente atención al pensamiento sociológico alemán, y en particular a la obra de Max Weber, que ofrece «una visión armónica que aúna» ambas dimensiones del comportamiento humano.

En el capítulo «Psicología Social y proceso social», el profesor Henri Tajfel (Universidad de Bristol) resalta algunas de las características diferenciales de la Psicología Social europea actual con respecto a la norteamericana, en el sentido de que la primera muestra un mayor interés por la búsqueda de modelos explicativos del comportamiento social que no se limiten a los determinantes intraindividuales o interindividuales del mismo. En esta línea, expone un marco conceptual en el que pueda encontrar explicación la conexión entre la dinámica de las relaciones intergrupales y el conflicto y el cambio social, con el fin de contribuir desde la Psicología social a la comprensión de fenómenos sociales de mayor envergadura.

En su ponencia sobre «Nacionalismo e identidad nacional: un análisis psicosocial», el profesor Herbert C. Kelman (Universidad de Harvard) analiza el fenómeno del nacionalismo como una expresión ideológica de carácter dialéctico que se ve reforzada por la actual configuración del sistema internacional. Así, Kelman describe las fuerzas psicosociales que intervienen en el fenómeno del nacionalismo a través de los mecanismos de adquisición personal de identidad nacional y los procesos que movilizan la conciencia nacional, que encuentra su máxima expresión política en el Estado nacional. Concluye ilustrando su análisis con el conflicto palestino-israelí.

El profesor Pedro Ridruejo (Universidad de Madrid), en el capítulo «Potenciales implicativos del clima social: su sintáctica», revisa la noción de «clima social» en la Psicología Social con el fin de llegar a especificarnos sus rasgos definitorios. Así, define el clima como un atributo activo de la grupalidad y delimita su sintáctica a la intervención conjugada de tres factores: la disposición físico-ambiental, la intervención participativa y el liderazgo. Factores que fueron sometidos a verificación a través de

un estudio cuasi-experimental realizado en la Universidad Autónoma de Madrid, cuya exposición cierra este capítulo.

En «Nuevas direcciones de Psicología Social», el profesor Rom Harré (Universidad de Oxford) analiza algunos elementos teóricos característicos de la investigación etogénica (que inserta la génesis de la acción humana en un mundo ético) a la luz de cuatro dicotomías: automatismo/autonomismo, orden práctico/orden expresivo, ciencia estructuralista/ciencia atomística y teoría de la competencia/teoría de la actuación.

Por último, en el capítulo «El molesto hecho de la sociedad», el profesor José Castillo Castillo (Universidad de Madrid) se remonta al pensamiento sociológico de autores como Arboleya y Dahrendorf para reflexionar, desde una perspectiva menos precisa que las anteriores, sobre un tema que atraviesa toda la historia de la Psicología Social como disciplina científica: las problemáticas relaciones entre el individuo y la sociedad, haciendo especial hincapié en la noción dahrendorfiana de «oportunidad».

Maribel ALER GAY

INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S